

Historias y ajenos

Infinidad de experiencias, historias, vivencias a nuestro alcance se nos presentan ocultas bajo el irreal manto de la irrelevancia

Narok Ibarburu Ruiz, estudiante de segundo de Periodismo en la EHU

No en pocas ocasiones me han deleitado cuando era crío con consignas fundamentales como la de “no hables con extraños”. La suscribo a pies juntillas, sin rechistar, sin una letra siquiera que enmendar; pero ahora, ya de adulto —o de mayor, como diría yo en tiempos precedentes a mi neonata y presumible adultez—, soy más bien un ente que raya lo abstracto y que busca escrutar su entorno hablando, conversando, charlando, con parlamentos aparentemente triviales.

Y fue precisamente el otro día, sentado enfrente de una tienda de ropa que hace esquina en las céntricas calles santanderinas, en horas matutinas no prematuras, cuando me introduje en ese —maduro— ejercicio de hablar con desconocidos. Una madre y su hijo, ambos poco juveniles. Ella se sentó a mi lado en el vacante trozo de banco. Cruzamos miradas, luego la conversación resultó inevitable. Ella me preguntó por mi destino, pues divisó una poco discreta maleta a mi vera, y le comenté que iba hacia el oeste, a Gijón, que estaba de escala.

Ella me hizo saber su trabajo, del que supuse que estaría en situación de retiro. Fue maestra. Al hilo de los viajes, tanto ella como su hijo me contaron aventuras vividas cuando iban con el colegio de excursión por Europa. Fueron en autobús a Italia. Recuerdo que me llamó especialmente la atención el hecho de que fueran a Florencia. “Vaya”, respondí, “yo no he estado nunca”. Dormían en albergues y, al parecer, las experiencias eran encantadoras. Cuando se fueron, pensé: qué historias habrá ocultas a la luz del día entre nuestros ajenos, unos ajenos con historias ajenas a nuestra ajena imaginación.

Y es que multitud de veces se habla cuando languidece la canícula en las mohíñas jornadas de septiembre del verano, veranos apasionantes con viajes a, qué sé yo, Tailandia, a territorio americano, a las bellas ciudades europeas... Echamos cuentas de lo que hemos visto, oído y sentido. Yo he tenido el privilegio de poder moverme, de salir de mi ciudad, algo, por desgracia, al alcance de pocos. Y he vislumbrado, me he dado cuenta, que hasta en el viaje, en el momento, en el día más aparentemente normal y aleatorio se puede encontrar una desbocada carcajada, un llanto desconsolado, una historia, un placer inmenso, un amor duradero, un “te quiero” o una idea para una columna.